



VI CERTAMEN LITERARIO DE RELATO Y POESÍA

ORGANIZADO Y PATROCINADO POR



iberCaja

Obra Social y Cultural

[A C C É S I T]

UNA NOCHE CON SOL EN EL CÍRCULO POLAR ÁRTICO

(Paisaje del Somontano visto desde los 71° de latitud norte)



René Alquézar Zamora

El oleaje de un Océano Glacial Ártico agitado por un viento huracanado, que llega directo y sin obstáculos desde el mismísimo Polo Norte —las islas Spitzberg son apenas unas motas a la mitad del camino—, se precipita con estruendo opaco al fondo del dramático acantilado de 300 metros en la isla Mageroy (Noruega): la isla del Cabo Norte. La tierra del continente europeo más cercana al Polo.

Las doce de la noche en mi reloj. Pero el sol permanece allá a lo lejos, sobre las oscuras aguas, a bastante altura por encima de la línea del horizonte, en medida aparente desde mi lugar de observación: el borde del precipicio...

El mítico «sol de media noche» juega al escondite tras sombrías masas nubosas que pasan veloces, o filtrando sus débiles rayos entre la bruma de finísimas gotas de agua en suspensión que las tremendas ráfagas de aquel viento libre arranca a la superficie del océano.

Mantenerse en pie para filmar es tarea casi imposible. La cámara, sujeta con ambas manos, no es sino un banderín que se agita a uno y otro lado sin poder fijar la imagen. Pero la atracción al borde del abismo es irresistible...: el sordo estrépito de las olas allí, al fondo..., la cortina de agua pulverizada que el viento eleva con furia al chocar contra la pared...; el sol, a veces en toda su redondez, a veces oculto por negros y amenaza-

[19]

dores nubarrones que en momentos nos dejan casi en total oscuridad y desaparecen con la misma rapidez con que han llegado, componen una escenografía fantasmagórica...

Hemos llegado —viajo con mi esposa e hijo— al punto más alejado de nuestro itinerario: cerca de seis mil kilómetros Europa arriba, atravesando, navegando o bordeando los más bellos fiordos de la costa noruega...; subiéndolo bajando montañas...; ascendiendo y descendiendo tramos de carretera en zigzagues alucinantes, colgados literalmente sobre paredes que caen en vertical...; glaciar Svartisen, Parque Nacional de Abisko (Suecia)...

Llega el momento de iniciar el regreso. La Laponia noruega, finlandesa y sueca nos espera en los próximos días, luego el golfo de Botnia...

Finalizado el soberbio espectáculo atravesamos la isla en dirección norte/sureste. No podemos pernoctar en la pequeña localidad de Honningsvåg y decidimos tomar el ferry para pasar al continente. Llevamos varios días «siempre de día». Llegados al desembarcadero de Repvåg decidimos continuar hacia el sur algunos kilómetros más. Áurea y René se duermen pronto en el coche. Sigo yo, cansado, sí, pero relajado... Ni un alma por aquellos parajes. Nos hallamos aún a unos quinientos kilómetros por encima de la línea divisoria del Círculo Polar Ártico.

Conduzco despacio, absorto, como flotando por aquellas soledades bañadas por la tenue luz del largo día polar. La silenciosa serenidad de aquel territorio vacío —líquenes, musgos..., algunas florecillas de su corto verano—, me tiene ensimismado..., feliz. Los paisajes desérticos, solitarios, alejados..., han ejercido siempre sobre mí una poderosa atracción.

De pronto una manada de renos, recortando sus siluetas sobre un horizonte cercano, aparece por mi derecha. Detengo el coche. Se van acercando... Llamo a Áurea y a René para que vean la escena. Abren los ojos a duras penas...; miran..., pero pronto el sueño les vence de nuevo.

Inmerso en la luz matizada de aquellas latitudes contemplo extasiado cómo los renos pasan lentamente ante mí. Me inclino hacia el parabrisas y apoyo mi mentón en las manos cruzadas sobre el volante. Los renos desaparecen tras una ligera ondulación del terreno... Continúo en esa postura y con la visión de fondo de aquel aislamiento, amplificado psicológicamente por la sensación de lejanía y contraste con nuestro bullicioso entorno habitual, voy perdiendo la noción del tiempo... Inmóvil, en placentero estado de ánimo, mi mente empieza a proyectar «flash-backs», recuerdos, de manera intermitente, sobre una pantalla imaginaria suspendida en el vacío escenario...

[20]

¿Cuándo, dónde, cómo, se había iniciado en mí esa pasión por los viajes, por los mundos lejanos, por la naturaleza en estado puro?

Primera mitad de la década de los años cuarenta. Un pueblo de la comarca del Somontano (Huesca). Escuela rural. Clase de geografía: ¡qué alegría! La hora del recreo... Saco mi pliego de «papel de barba» y lo relleno de listas, de columnas con países, sus capitales, superficies, habitantes...; desiertos, montañas, ríos..., razas...; África, Asia, América... Colonias lejanas de éste o aquél país... Por la noche, tras los juegos de la tarde, volveré a mis pliegos.

Y siempre que puedo ¡el monte, el campo...! Los pájaros, los nidos, las lomas, las rocas, y cuanto más altas y empinadas mejor: más amplio el horizonte, más lejanos los sueños... Una hora andando, solo o acompañado. Tareas del campo en las que debo colaborar, como muchos otros niños de mi edad en aquel entonces. Cuando el camino lleva a los montes que allí llaman «La Clamor» y «Montearruego» mi contento es grande. ¡Aquellas rocas areniscas, lisas, solas o enlazadas en hileras entre franjas de tierra cultivada que, con la primavera avanzada, semejan islotes o farallones emergiendo de un mar de olas con profusión de tonos verde-amarillentos que el viento agita y parece hacerlas avanzar en rítmicas ondulaciones... En formación y casi invariablemente inclinadas en dirección al monasterio de El Pueyo. Me tienen embelesado. Subo a una..., y a otra..., y a otra... Y cada vez una nueva perspectiva, una nueva ilusión... Al norte la impresionante y bella cornisa de los Pirineos. Al sur..., el sur se pierde en un horizonte de más rocas y suaves lomas y promontorios. ¿Y tras aquellas montañas? ¿Y tras aquellas lomas...?

Tras aquella cornisa, tras aquel horizonte... ¡otros mundos! Uno de ellos, por ejemplo, el Círculo Polar Ártico, desde el que en la «noche-día» del 11 de julio de 1983 tiendo un hipotético puente de varios ^{miles de} kilómetros, al final del cual siguen aquellas piedras... Allí están desde hace millones de años casi impasibles al paso del tiempo. Y allí vuelvo una y otra vez. ¡Siempre me esperan! Allí aprendí a gozar de la naturaleza... ¡Allí empecé a imaginar otros caminos..., otros paisajes!

[21]